



UNIVERSIDAD DE CHILE

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

DEPARTAMENTO DE LITERATURA

**CRISIS DE LO PÚBLICO Y CRISIS DEL HABITAR: ALGUNAS REFLEXIONES
EN TORNO A *EL SEGUNDO DESEO* DE RAMÓN DIAZ ETEROVIC**

**Informe final de seminario de grado, para optar al grado de Licenciatura en Lengua y
Literatura Hispánica con mención en Literatura**

Escrito por: Francisco Barría Gálvez

Profesor guía: Cristian Cisternas Ampuero

Seminario: El tópico urbano en la narrativa hispanoamericana contemporánea

SANTIAGO DE CHILE, 2018

Índice

Introducción.....	1
Marco teórico.....	2
Discusión bibliográfica.....	4
Novela negra en Chile: apropiación del género.....	7
Novela negra y memoria: gestos de resistencia.....	10
Capítulo I: Crisis de lo público.....	12
<i>El segundo deseo</i> : recorriendo una ciudad fragmentada.....	12
Capítulo II: Crisis del habitar.....	18
Capítulo III: Heredia y la precariedad del domus.....	23
La paradoja de Heredia.....	27
El miedo al otro: la incapacidad de construir relaciones estables.....	31
Conclusiones.....	33
Bibliografía.....	34

*¡Garúa!
Solo y triste por la acera
va este corazón transido
con tristeza de tapera.*

(Roberto Goyeneche)

Introducción

En el presente proyecto se realizará un análisis en torno a la representación de la ciudad en una de las novelas más reconocidas del escritor chileno Ramón Díaz Etérovic, *El segundo deseo* (2006). Para ello, serán necesarias algunas consideraciones en torno al tema de la ciudad, entendida esta no tan sólo como un espacio y un tiempo específico, sino, tal como señala Barthes, como un texto que puede ser leído e interpretado. Así mismo, serán necesarias algunas reflexiones en torno a la apropiación chilena del género policial clásico y su adecuación a las necesidades literarias, pero sobre todo contextuales, de este rincón del mundo. En este sentido, nuestra hipótesis de trabajo es que la ciudad latinoamericana moderna, producto de la consolidación de las políticas neoliberales en la época de la transición, no hace sino generar, en términos de Sarlo, una crisis de lo público; y, por extensión, siguiendo a Heidegger, una crisis del habitar. Así, nuestros principales objetivos serán, primero, describir la construcción de ciudad que se lleva a cabo en el mencionado texto literario, y, segundo, analizar la figura de su personaje principal, el detective Heredia, como un sujeto que, a pesar de sufrir las consecuencias de la fractura del tejido social, por medio del establecimiento de un domus (Giannini) y del ejercicio de la memoria, genera una resistencia a lo que hemos denominado crisis del habitar.

Marco Teórico

Para contextualizar el estudio de la ciudad, este proyecto nace apoyado desde la lectura del texto de Roland Barthes, *Semiología y urbanismo*, en el que señala que “la ciudad es un discurso, y este discurso es verdaderamente un lenguaje: la ciudad habla a sus habitantes, nosotros hablamos a nuestra ciudad, la ciudad en la que nos encontramos, sólo con habitarla, recorrerla, mirarla” (Barthes, 260). Es decir, la ciudad es vista como un texto o un relato que se puede interpretar y ser leído desde el ojo de un lector-habitante. El proyecto semiológico que lleva a cabo Barthes está dialogando fuertemente con el libro de Kevin Lynch, *Imagen de la ciudad*, en el cual éste expone una visión urbanística de la misma, *leyéndola* a partir de una serie de unidades de análisis, tales como dominio, nodo, lugar, límite, punto de referencia, etc. En este sentido, la mayoría de los autores considerados en este proyecto, coinciden en que uno de los fenómenos más decisivos para comprender las innovaciones de la vida social y cultural de la sociedad del siglo veinte es la transformación que sufre la ciudad promovida por la fuerte modernización tecnológica y la globalización transnacional. La ciudad, que ya ha dejado de crecer hacia sus extremos, transforma las distancias y genera la impresión de hacerse más corta: la locomoción colectiva y la adquisición de vehículos. No obstante, Sarlo demuestra que la gente ya no va de una punta a otra de la ciudad para ir al centro, esto es, al espacio público por excelencia en las sociedades decimonónicas. Esta actividad especial que era dirigirse al centro, Según Sarlo, es reemplazada en la actualidad por la asistencia al Shopping-center en tanto “simulacro de ciudad de servicios en miniatura” (14). Así, el espacio público de la plaza-centro va siendo poco a poco reemplazado por torres de cristal y edificios funcionales (como por ejemplo los shopping-centers), liquidando con ello la experiencia y los extremos del exterior como la intemperie, el ruido, el claro-oscuro, los monumentos conocidos y los escritos gigantes de carteles que, sin embargo, “son (o fueron) marcas de una identidad urbana” (15).

A sabiendas de aquello, podemos conjeturar que la instalación de un sistema neoliberal que pregona el consumo y el individualismo, que construye artificialmente un mundo dominado por el mercado y sus espectaculares *shopping* y torres que vienen a reemplazar a las nobles e históricas construcciones de antaño, no hace sino desencadenar lo que Sarlo denomina

como “crisis de lo público”, en tanto “las instituciones y la esfera de lo público ya no pueden construir hitos que se piensen eternos” (23), ocasionando de esta forma la fractura y la desintegración no sólo de la ciudad, sino también de la identidad de los sujetos que la habitan. En consecuencia, el tema del habitar se vuelve fundamental considerando nuestra hipótesis de trabajo: que la crisis de lo público a la que Sarlo se refiere no hace sino generar, por extensión, una crisis del habitar. Según Heidegger, en su texto “Construir, habitar, pensar”, habitar en el siglo XX se torna precario en la medida que se confunde *edificar* con *construir*, y *permanecer* con *habitar*. Las personas, nos dice, producto de esta situación, se encontrarían desconectadas de las cosas significativas. Un ejemplo de ello es el suelo donde uno nace o donde uno quiere morir. Así, un lugar habitable es un lugar donde tengo la conciencia de que me fue dado y que debo cuidar (algo que va mucho más allá de la propiedad privada), un lugar donde me puedo conectar con la Cuaternidad, donde me encuentro conmigo mismo y donde debo esperar a los inmortales: “Pero ‘en la tierra’ significa ‘bajo el cielo’. Ambas cosas co-significan ‘permanecer ante los divinos’ e incluyen ‘perteneciendo a la comunidad de los hombres’. Desde una unidad *originaria* los cuatro -tierra, cielo, los divinos y los mortales- pertenecen a una unidad” (Heidegger, 3). Volveremos a ver este tema más en profundidad en el segundo capítulo.

Discusión bibliográfica

Sobre el tema de la ciudad, Oswald Spengler, en *La decadencia de Occidente*, hablando de la ciudad mundial, señala que la cultura en ésta alcanza su máxima expresión, pero los vínculos humanos se pierden, situación que se replica no sólo en las ciudades latinoamericanas, sino en las ciudades de todo el mundo. Así mismo, Mumford, en *La cultura de las ciudades*, nos habla de una serie de etapas que viven a lo largo del tiempo las grandes ciudades del mundo. Así, por ejemplo, una megalópolis es una ciudad dominada por la técnica y el consumo, en la que “el saber se divorcia de la vida; la industria se divorcia de la utilidad de la vida; la vida misma se fragmenta en compartimentos y finalmente queda desorganizada y debilitada” (Mumford, 366). Es, en consecuencia, una ciudad que ya creció y que produce sus propios anticuerpos cancerígenos (como favelas, villas miseria, poblaciones “callampa”, etc.), generando precarización, fragmentación y, tal como señala Carolina Ferrer, una *balcanización* de la ciudad, esto es, la aparición de lugares de difícil acceso, pero sobre todo de difícil salida, donde la aplicación de la ley se ve suspendida por otros códigos y dinámicas. La tiranópolis, por su parte, es una ciudad dominada por un poder central y totalitario, como lo fue la Alemania nazi de Hitler o la Italia fascista de Mussolini. Por último, la necrópolis sería la etapa culminante del proceso desarrollista que viven las ciudades según Mumford, caracterizada como una “ciudad implosionando como un abismo negro, aplastándose a sí misma como un organismo canceroso cuyo desordenado crecimiento es causa de su propio colapso. (...) Literalmente, la necrópolis es el resultado directo, pero gradual, de un crecimiento urbano que agota los suelos de cultivo, que se torna insalubre a causa de crisis ecológicas profundas y que resulta incapaz de estabilizarse demográficamente” (Cisternas, 76).

Con todo, la mayoría los autores que se dedican al estudio de la ciudad coinciden en que la ola modernizadora y la consolidación del sistema neoliberal en prácticamente todos los países del mundo, si bien aparentemente trajeron consigo un desarrollo tecnológico y económico para la población, no hicieron sino generar marginación, pobreza y miseria. Y esta situación es representada muy ampliamente en la narrativa moderna, donde podemos

apreciar, siguiendo a Berman¹, el arruinamiento de la ciudad, su fragmentación, la destrucción de barrios y comunidades; todo ello con el fin de conseguir un siempre inasible progreso. Tengamos en cuenta que, paradójicamente, el cronotopo de la modernidad es, para Berman, la ciudad metropolitana. Así pues, para analizar la representación estética que se hace de la ciudad en la novela que nos convoca, nos valdremos del concepto de *cronotopo* de Bajtin, el cual es definido como

“La intervencionalidad esencial de las relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente en la literatura (...) En el cronotopo literario-artístico tiene lugar una fusión de los indicios espaciales y temporales en un todo consciente y concreto. El tiempo se condensa, se concentra y se hace artísticamente visible; el espacio, en cambio, se intensifica, se asocia a movimiento del tiempo, del argumento, de la historia. Los indicios del tiempo se revelan en el espacio, y éste es asimilado y medido por el tiempo” (Bajtin, citado en Cisternas, 21)

La ciudad es, en este sentido, el cronotopo de la modernidad, la concreción estética del tiempo y del espacio moderno; es, por tanto, el escenario de la civilización mundial, aquel lugar donde, para Berman, se produjo la escena primera: el enfrentamiento entre una fuerza mayor con una fuerza inferior. Sobre este choque de fuerzas resuenan también las reflexiones de León Rozitchner en su ensayo *Mi Buenos Aires querida*, en el cual señala que la ciudad es un espacio donde la lucha de clases se transforma en una lucha de barrios, esto es, un espacio donde se confrontan, en última instancia, dos visiones de mundo y dos proyectos políticos diferentes.

Por otra parte, hablar de tópicos nos remite a la retórica, esto es, a la utilización de ciertos lugares comunes por parte del orador para la elaboración de un argumento. En tal sentido, Cisternas señala, siguiendo a Curtius, que los tópicos literarios

“son tópicos retóricos que se desarrollan tardíamente como visiones esenciales del hombre occidental, se organizan en campos de sentido que abarcan las más variadas manifestaciones de la vida. A menudo estos tópicos retórico-literarios

¹ Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México D.F.: Siglo XXI editores, 2003.

funden conceptos religiosos y políticos con visiones del sentido común, intuiciones poéticas muy tempranas y procesos de metaforización, simbolización y significación que se han convertido en lugares comunes, es decir, que han perdido su originalidad esencial y se han transformado en recurso ubicuo dondequiera que se intente significar algo de manera figurada” (Cisternas, 26).

Un ejemplo claro de este tránsito es el tópico retórico que señala que todos los hombres aspiran a vivir en la ciudad, el cual transforma a la ciudad en un tópico literario de larga data, referida como un espacio de socialización, haciendo cada vez más frecuente aparición en los textos literarios. Uno de los tópicos urbanos más famosos, aparte del ya mencionado “ciudad como un cuerpo”, es el de la “ciudad como gran teatro del mundo”, donde la ciudad es vista como una puesta en escena en que cada individuo representa un papel. Otro famoso tópico urbano es el de la “ciudad como infierno”, una ciudad en la cual encontramos espacios escatológicos a los cuales se descende, y este descender implica una degradación del héroe, el cual, en el paradigma clásico, busca superar una prueba y obtener de allí un conocimiento. En la novela moderna, en cambio, se pone en cuestión este paradigma, puesto que el héroe, o bien no vuelve del viaje y fracasa, o bien no tiene la fuerza ni los valores necesarios para superar sus pruebas, o simplemente es un antihéroe que escapa.

Novela negra en Chile: apropiación del género

La crisis que produce la vorágine de la ciudad moderna, podemos apreciarla en la novela que nos convoca, *El segundo deseo*, la cual se inscribe en el género policial, específicamente en lo que se ha denominado como novela negra. Históricamente, este género se ha mantenido –o lo han mantenido- al margen y en los límites del canon narrativo. Básicamente, ha sido considerado como una forma escritural simple, dirigida a la masa en función de entretenerla; es decir, destinada a un gran grupo de lectores que quizás también se encuentran ubicados en la periferia. De ahí, creemos, la poca valoración y el casi nulo estudio en torno a este género en el ámbito universitario, inclusive dentro de los mismos escritores y críticos literarios.

Con respecto a las características propias del género, Marcial Huneus señala que en la novela negra, “a partir de una fórmula liviana, entretenida y conocida, se despliega una narrativa de crítica social, que aborda la represión política, la desaparición forzada de personas, la corrupción del Estado y de los privados, entre otros” (99). En este sentido, continúa, la figura del detective resulta fundamental en tanto “abre un espacio para hablar sobre dichos crímenes y, al menos en el plano simbólico, hacer una suerte de justicia en relación a los diferentes abusos” (99). Así, el detective de la novela negra, a diferencia del policial clásico, se transforma en sujeto (y no objeto) de la historia, en la medida de que se involucra en el desarrollo final de los acontecimientos, sufriendo muchas veces las consecuencias de aquello.

Así mismo, otros de los rasgos principales que definen al detective de la novela negra es su incorruptibilidad a la hora de restablecer la verdad en un mundo que ya está de por sí corrompido; su relación con el dinero sufre un cambio, “adquiriendo relevancia tanto en los móviles del crimen como en el hecho de que el detective hace su trabajo por dinero” (Huneus, 103). En cuanto a sus habilidades y destrezas, su principal fortaleza no es la inteligencia que caracterizaba al detective clásico, sino su capacidad de moverse en un

mundo violento y corrupto. En este sentido, el objetivo principal del detective de la serie negra es “la búsqueda por restablecer un orden cultural en que se subvierta la corrupción del espectro político”, lo cual quiere decir que “en su calidad de ciudadano puede hacer algo por el bien de la sociedad” (Huneuus, 105).

Ahora bien, en cuanto a la apropiación del género en el plano chileno y latinoamericano, podemos decir que se van a seguir reproduciendo los mismos modelos de la serie clásica y negra, aunque, “a través de su desarrollo y la vinculación con la historia particular de nuestros países, en especial las dictaduras que se instalaron de forma prácticamente transversal en la década del setenta, adquirirá particularidades que lo singularizan” (Huneuus, 104). De esta manera, luego de haber vivido un período de silencio en la época dictatorial, y de resurgir con fuerza en la década de los noventa, la crítica ha convenido en denominar a la apropiación chilena del género como el “neopolicial chileno”, es decir, “aquella narrativa que hibridiza con el policial negro” (Franken y Sepúlveda, 33) y lo adapta a la realidad nacional.

Así, uno de los escritores más destacados en este sentido es Ramón Díaz Eterovic, quien ha logrado afianzar su opción discursiva por el género policial negro. Así, refiriéndose a su vinculación con el género, él mismo ha señalado que sus novelas deben adscribirse en el campo de la “novela negra”: “Un género que desde sus orígenes caminó sobre los límites de lo que durante mucho tiempo se entendió como literariamente correcto, planteando nuevos códigos para mirar y reflexionar acerca de lo que en definitiva creo es el objeto de toda literatura: la condición humana” (65). De este modo, la novela policial ha servido, en el territorio latinoamericano, para revelar la realidad y las problemáticas de nuestros países, donde “crimen y política han sido una ecuación trágicamente perfecta” (66).

Así, vemos que su preferencia por la novela negra nace a partir de la búsqueda de una literatura que le permitiera “expresar el sentir de una sociedad bajo vigilancia y el trasfondo de violencia y poderes ocultos en que se desenvuelve” (69). Es así como surge la figura del detective Heredia, protagonista de todas las novelas del escritor chileno, por medio de las cuales ha podido desenmascarar la violencia y las redes de poderes ocultos en la sociedad chilena, desde los tiempos de la dictadura hasta los años de nuestra actual “democracia”, la cual ha seguido, en muchos aspectos, el legado de aquélla.

De este modo, señala Huneus, “el lugar emblemático del policial es la ciudad, una ciudad que con el desarrollo de la modernidad ha crecido y aumentado su población en poco tiempo, creando espacios físicos y sociales en donde, gracias a las multitudes urbanas, se despliega el anonimato” (100). Así, una de las grandes diferencias entre la ciudad del género policial clásico con respecto a la ciudad del policía latinoamericano, es que “el género tradicional busca defender los ideales de la modernidad, una defensa al progreso a través de la creación de un sentimiento de resguardo en la ciudadanía: la ciudad próspera y segura; y si llegara a existir un anti-social que atente contra estos ideales, entonces existirá también un detective que restablezca la justicia y la tranquilidad” (Valenzuela Urrutia, 8). En contraste, la ciudad latinoamericana está muy lejos de defender un sistema imperante. Todo lo contrario: en cada momento, con cada descripción, evidente o solapada, “busca denunciar las consecuencias fatales que este alabado progreso trajo para la mayoría de las naciones latinoamericanas, por lo que la ciudad no se presenta como un escenario seguro, sino como una constante amenaza para el pueblo, y hostil para quien vaya en busca de la verdad” (9). Es por ello que una de las características principales del neopolicial chileno se centra en la independencia de la figura del detective que, “en tanto individuo, manifiesta su resquemor hacia las grandes instituciones” con respecto al esclarecimiento de la verdad (Huneus, 106). En ese sentido, puede que el crimen quede impune y no se haga justicia; puede que nunca se llegue a la verdad o que ésta no sea necesariamente lo central. A veces se trata de “rearticular la memoria de las víctimas o, incluso, sólo establecer una pesquisa” (106).

En la misma línea, es inevitable no dar cuenta de la pobreza como condición inherente de la ciudad latinoamericana. El detective de la novela negra se moverá por las profundidades de la urbe, por los lugares que nadie quiere saber que existen, y menos saber lo que ahí acontece, a pesar de que se conforma como la realidad de la mayoría de los habitantes. La necesidad obliga a ejercer el robo u otras actividades ilícitas, despojando a los sujetos de una identidad pública, y manteniéndolos relegados al anonimato. Por esto en los bares, en los callejones y, aún más, a plena luz del día, se mata gente y sus cuerpos no encuentran ni verdad ni justicia, porque a nadie le importan, porque nadie los conoce o quiere reconocerlos.

En este contexto podríamos hallar, por ejemplo, organizaciones que se dedican al negocio ilegal de asilos de ancianos, donde los abuelos, en su calidad de “desechos” de un sistema que ensalza lo nuevo, son olvidados y dejados en manos de macabros sujetos que lucran a costa de la soledad de estas personas, abandonadas por sus familias. Precisamente esto es lo que Heredia termina desenmascarando en este capítulo de la saga, al seguir la huella de un anciano desaparecido, Gabriel Servilo, el cual es buscado por su hijo Julio, un exiliado en tiempos de dictadura. Esta situación, en consecuencia, hace que sea inevitable hablar de la violencia como uno de los ejes principales en relación a la construcción de una ciudad fragmentada y escatológica en el género policial latinoamericano.

Novela negra y memoria: gestos de resistencia

Heredia representa la figura de un antihéroe decadente, solitario y fragmentado, que a pesar de que logra resolver los enigmas que le presentan sus clientes, no logra restaurar el orden social alterado. No obstante aquello, su voz sí logra transformarse en testigo de la decadencia y arruinamiento urbano que produce la crisis del habitar en las personas. Así, Heredia se torna un sujeto de testimonio sobre algo que está ocurriendo, pero que no todos pueden (o quieren) ver. Su voz testimonial nos dice: “yo existo, yo estoy aquí para testimoniar mi propia existencia”; una autoficción que, en última instancia, se transforma en una suerte de resistencia ante el olvido que pregona el sistema neoliberal, esto a partir de los fragmentos y las ruinas que la dinámica de “lo nuevo” va dejando con el paso del tiempo. Así, en este afán por reconstruir el pasado a partir de las ruinas que deja el olvido, resuenan las reflexiones de Idelber Avelar en torno a las ideas de Walter Benjamin: “El neoliberalismo instaurado después de las dictaduras se funda en el olvido pasivo de la barbarie de su origen (...). La mercantilización niega la memoria porque la operación propia de toda nueva mercancía es reemplazar la mercancía anterior, enviarla al basurero de la historia” (284-285). En este sentido, borrar el pasado es tarea fundamental para el sistema capitalista; sin embargo, “por mucho que la lógica del mercado tienda a hacer del pasado *tabula rasa*, nunca lo logrará del todo, pues siempre quedará ese rastro intraducible, inmetaforizable” (285), vale decir, siempre quedarán fragmentos y ruinas de lo vivido que la literatura de postdictadura se encargará de activar mediante la irrupción intempestiva del

pasado en el presente: “irrupción que recuerda a la actualidad su fundamento, su anclaje en lo inactual” (286). Precisamente es esto lo que Heredia pretende hacer: reconstruir su pasado a partir de fragmentos y ruinas en virtud de entender su presente, para así poder anclarse de buena manera en él.

Así también, otra acción de Heredia que podríamos eventualmente leer también en clave de resistencia ante la crisis que produce el habitar urbano, es el establecimiento de un *domus*, pues, siguiendo a Humberto Gianninni, después de la rutina diaria de investigaciones y de pasearse por todo tipo de lugares y laberintos, Heredia vuelve a su *domicilio*, esto es, al lugar que habita (un departamento ubicado en la calle Ayllavilú del barrio Mapoco de Santiago) lo cual le permite encontrarse consigo mismo. Dicho de otro modo, y siguiendo el proceso de *reflexión cotidiana* que Gianninni desarrolla en el libro del mismo nombre, Heredia, al volver a su *domus* y completar su rutina diaria, vuelve a ser *para sí* y no *para otro*. Allí es donde están sus libros, sus discos, sus recuerdos, su escritorio, su gato Simenón, etc. Un espacio, por tanto, que, en términos de Heidegger, y más allá del mero permanecer, guarda un vínculo significativo con la identidad de Heredia.

Capítulo I: Crisis de lo público

Ni Latinoamérica ni Chile quedaron ajenas a la oleada modernizadora producida en la segunda mitad del siglo veinte. En el caso chileno, la dictadura de Pinochet, en los años '80, se preocupó de promover en nuestro país la instalación del modelo capitalista de libre mercado, el cual produjo, motivado por valores como el individualismo y la competencia, una serie de (nefastas) consecuencias para los individuos más desposeídos de esta sociedad: pobreza, marginalidad y miseria. En este sentido, la ciudad latinoamericana -y precisamente la chilena- ha sido testigo, a lo largo de las últimas décadas, de los cambios en el comportamiento y en la forma de pensar de sus habitantes. Tanto así que ella, en su materialidad, ha sido fiel reflejo y proyección de dichas transformaciones. A éstas las vamos a poder apreciar acompañando a Heredia, el detective privado creado por Eterovic, que, en el devenir de sus investigaciones, no hace sino develar los vicios y las lacras de la sociedad chilena, en estos tiempos de aparente democracia. Así, nuestro énfasis estará puesto en la metrópoli como un laberinto escatológico para el sujeto que busca y que se pregunta sobre su origen y destino, convirtiéndose en representación de una identidad fragmentada, así como también en diálogo con la violencia y cómo ésta delimita el nuevo sentido del enigma en la novela.

El segundo deseo: recorriendo una ciudad fragmentada

En la décimo primera novela de la saga del detective Heredia, *El segundo deseo* (2006), encontramos a un Heredia que está llegando a la cincuentena; siente el peso del desgaste

físico de su precaria profesión y las heridas acumuladas, tanto físicas como afectivas, y, sobre todo, las deudas pendientes con su historia personal: “Podía imaginar mi rostro, demacrado, hundido, mis mejillas cubiertas por una barba blanca y espesa; mis labios reseco y los dientes manchados de nicotina. No necesitaba una bola de cristal para saber que me estaba muriendo. Solo, definitivamente viejo y cansado. Y lo peor era que no podía recordar” (9).

En este estado físico y emocional es que Heredia emprende la búsqueda de Gabriel Servilo, un anciano solitario y misántropo, a quien su hijo Julio le perdió la pista el día que tuvo que irse de Chile, allá por los años '80, exiliado por la dictadura. Así Heredia, cual Quijote deshacedor de entuertos, acostumbrado a investigar y a resolver este tipo de casos, comienza una travesía por los rincones de Santiago, que lo llevará a desenmascarar una red ilegal de asilos de ancianos lideradas por un malvado sujeto, Ledezma.

De esta forma, a lo largo de su investigación, Heredia va paseándose por lugares del gran Santiago, que bien podríamos denominar *infiernos*: “Hay otros infiernos peores en la ciudad. Infiernos con gente que respira y a veces hasta tiene el atrevimiento de soñar” (37). Infiernos como los asilos de ancianos, lugares que cumplen la función de depósito de personas antiguas que ya no le sirven al sistema, puesto que ya no son capaces de producir. En tal sentido Heredia, al desenmascarar esta red ilegal liderada por Ledezma, no hace sino darnos luces respecto del origen de la *violencia sistémica*² de la que Zizek habla: una violencia silenciosa producida por la (cruel) especulación del sistema neoliberal, responsable y generadora de la violencia subjetiva –material y visible, por llamarla de algún modo- que se da entre los agentes sociales. De esta forma, en términos de Zizek, la violencia que se ejerce hacia los ancianos es precisamente una violencia subjetiva –visible-, consecuencia de la violencia que el sistema que nos gobierna produce (“No me sorprende que para usted los viejos sean simples cifras en una hoja contable” (218), le dice Heredia a Ledezma, líder de la atroz cadena de asilos que lucran con el sufrimiento de los ancianos, abandonados por sus familias). Los abuelos, en este sentido, son una metáfora de los desechos de un sistema de libre mercado (“En el Servicio Médico Legal se encuentran los

² Zizek, Slavoj. Capítulo 1. “Adagio ma non troppo e molto espressivo. SOS Violencia”. En: *Sobre la violencia*. Barcelona: Paidós Esenciales, 2009. Pp. 17-44.

cadáveres de dos ancianos. Fueron rescatados de la vía pública y aún no han sido identificados. Uno lleva tres meses en el depósito y el otro, una semana” (Eterovic, 33)) que, en términos de Sarlo, genera identidades fragmentadas en medio de la danza del consumo de una interminable cadena de significantes:

“En ciudades que se fracturan y se desintegran, este refugio antiatómico es perfectamente adecuado al tono de una época. Donde las instituciones y la esfera pública ya no pueden construir hitos que se piensen eternos, se erige un monumento que está basado precisamente en la velocidad del flujo mercantil. El shopping presenta el espejo de una crisis del espacio público donde es difícil construir sentidos; y el espejo devuelve una imagen invertida en la que fluye día y noche un ordenado torrente de significantes” (Sarlo, 27).

Así Doris, una vieja amiga policia de Heredia, lamentando esta dinámica mercantil y la situación que afecta a los ancianos, reflexiona de la siguiente manera:

“Cuesta aceptar tanta miseria y abandono. Los viejos están solos o han sido olvidados por sus familiares. El trato que recibían en el hogar era lamentable. (...) La mayoría de los ancianos con los que hablé me dijeron que no tenían ganas de seguir viviendo. También hablé con algunos de sus familiares. Otro cuadro lamentable. Gente buscando justificarse frente al abandono al que sometieron a sus padres o abuelos. Seguro que tratan mejor a sus muebles o al auto que compraron a seis años plazo y se esmeran en lavar los fines de semana” (221).

De esta manera, buscando la siguiente pieza para armar el rompecabezas completo, Heredia continúa con su azaroso recorrido. Así se lo señala a Anselmo, uno de sus pocos amigos, respondiendo a su pregunta acerca de los avances de la investigación:

“Hay que seguir buscando. A tipos como nosotros nadie nos sirve en bandeja. Para ascender a la montaña debemos caminar, mientras que a otros los suben en helicóptero o palanquín: Somos como *‘los detectives perdidos en la ciudad*

oscura” de los que habla Roberto Bolaño³ en uno de sus poemas. (...) Ciudad oscura, ciudad triste, ciudad de cristal” (65).

Esta caracterización de Santiago por parte de Heredia, creemos que es la proyección y el reflejo de un sentir colectivo, indiferente hacia los sectores oscuros de la ciudad, lugares donde se esconde la miseria y la pobreza que produce el sistema que nos gobierna. Ejemplo de aquello es el lugar donde vive Silvia Fijón, la mujer encargada de entregarle a Heredia un paquete, en el cual se encontraban un pañuelo y unas fotos, recuerdos de sus padres, a los cuales nunca conoció. Así, al llegar al hogar de Silvia, Heredia nos va describiendo la precaria situación que se vive en las poblaciones del gran Santiago:

“Silvia Fijón vivía en una barriada de casas construidas con retazos de madera, planchas de zinc oxidadas y trozos de plástico que protegían a sus moradores de la lluvia. Una población de perros flacos y muchachos que se reunían en las esquinas, alrededor de una botella de cerveza o cigarrillos que iban de mano en mano hasta muy entrada la noche. (...) La casa de la mujer era un rancho al que se entraba cruzando un cerco de madera a punto de irse al suelo” (39).

Pero esta indiferencia respecto de este tipo de lugares, contrasta notablemente con el deslumbramiento y enajenación que genera la parte agradable de la metrópoli: una ciudad de cristal, una ciudad de luces llena de objetos para consumir; una ciudad en la que los caserones de dos pisos sobreviven, a duras penas, a “los planes inmobiliarios que reemplazan la historia de la ciudad por torres que parecen imitar a unas pilas de frágiles cajas de fósforos” (46), y que, en consecuencia, nos hace recordar la crisis de lo público a la que Sarlo se refiere:

“De una ciudad en miniatura, el shopping tiene el aire irreal, porque ha sido construido demasiado rápido, no ha conocido vacilaciones, marchas y contramarchas, correcciones, destrucciones, influencias de proyectos más amplios. La historia está ausente y cuando hay algo de historia, no se plantea el conflicto apasionante entre la resistencia del pasado y el impulso del presente.

³ El autor hace referencia al poema “Los detectives” de Roberto Bolaño, perteneciente al poemario *Los perros románticos* (1994).

La historia es usada para roles serviles y se convierte en una decoración banal: preservacionismo fetichista de algunos muros como cáscaras. Por esto, el shopping sintoniza perfectamente con la pasión por el decorado de la arquitectura llamada posmoderna. En el shopping de intención preservacionista la historia es paradójicamente tratada como *souvenir* y no como soporte material de una identidad y temporalidad que siempre le plantean al presente su conflicto” (19).

Así, esto podemos apreciarlo en el recorrido que Heredia va haciendo por las calles de la ciudad (ahora en busca de la pista de su padre Dantés) siempre observando y reparando en la evidente transformación que ésta va sufriendo en su estructura:

Mi recorrido por la calle Inglaterra fue una completa pérdida de tiempo. Busqué la casa donde supuestamente había vivido Dantes y en su lugar encontré un terreno en el que comenzaban a construir un edificio. Miré a mi alrededor y vi un conjunto de casas nuevas que estaban en venta. El pasado había sido borrado de una plumada (...). Nada de qué asombrarse. La ciudad cambiaba constantemente de máscaras y en sus distintos barrios se veían las grandes grúas que delataban el comienzo de alguna edificación. A veces me daba pena ver el fin de casas o palacetes que tenían el sello de otra época, pero sabía que el tiempo era un verdugo implacable y que otra gente, con distintos anhelos a los míos, disponía de la ciudad a su antojo” (103).

En consecuencia, el resultado de esta ecuación no es sino una ciudad triste y fragmentada, una urbe diseñada para el despliegue de mercancías que vacían de sentido la vida de los sujetos y que hacen que los valores se vuelvan inestables. Se desecha así lo que no sirve, y se alimenta uno de los mayores males que predominan en sociedades que son cuna del individualismo y del consumo: la indiferencia hacia el otro. Este temor por quedar solo y a la deriva es lo que le hace saber Anselmo a su amigo Heredia: “Pienso que alguna vez usted me va a devolver la mano. Temo llegar a viejo y no tener a nadie que se preocupe por mí” (57). Pero, a diferencia de lo que piensa Anselmo, la miseria tiene muchos, demasiados nombres. Heredia, muy consciente de esto, reflexiona acerca de las motivaciones que tiene un hombre para cometer un determinado delito:

“El hombre no era original en su perversidad. Seguía matando o robando por ambición o por celos. Volvía a construir muros, a crear ghettos, a fabricar armas e inventar nuevas guerras. El horror nunca parecía ser suficiente ni el odio bastante como para aquietar su instinto criminal. Así había sido siempre y lo seguiría siendo hasta que el último rayo de sol cayera sobre la tierra y se impusiera la paz del hielo. Pero mientras eso no ocurriera seguiría imperando la ley del gallinero. Los de arriba jodiendo a los de abajo, y éstos sumidos en la mierda hasta el cogote” (55).

Sin embargo, más allá de la perpetuación de la ley del gallinero y de ver a la violencia como algo inherente al hombre, creemos que lo más grave está en la validación de dicha violencia por parte del sistema que nos regula a través de la vigilancia de una serie de instituciones. En este sentido, el hecho de que sucedan este tipo de aberraciones como las denunciadas por Eterovic, no es sino otro signo de la crisis que Chile vive en el ámbito de lo público, como consecuencia de la instalación de un modelo neoliberal que hasta el día de hoy nos gobierna. Porque Ledezma, líder de la red de asilos de ancianos descubierta por Heredia, no es, desde luego, el único involucrado en este caso. En efecto, éste es apoyado por otros dos sujetos: por Ocampo, dueño de una funeraria y responsable del traslado de los cuerpos muertos por causa de los malos tratos y vejámenes sufridos en los asilos de Ledezma; y por Peralta, quien, aprovechándose de su condición de contratista autorizado para construir sepulturas en el cementerio, podía sepultar, sin ninguna sospecha, los cuerpos de los ancianos que nadie se preocupaba de ir a reclamar. La novela, por tanto, es un proyecto de testimonio crítico de realidades angustiantes en las que los límites de lo legal y lo ilegal son difusos y tenues. Estas realidades angustiantes producen, en consecuencia, lo que hemos denominado *crisis del habitar*, cuestión que desarrollaremos a continuación.

Capítulo II: Crisis del habitar

Para Heidegger *habitar* implica no sólo ocupar un espacio: habitamos un espacio que no nos pertenece en términos de lo que hoy entendemos por propiedad privada, sino que nos ha sido entregados por los inmortales que están en el cielo, a los cuales, como mortales que estamos en la tierra, debemos esperar por su venida. Por eso la esencia del habitar es, según Heidegger, cuidar (y velar por) la Cuaternidad: “Salvar la tierra, recibir el cielo, estar a la espera de los divinos, guiar a los mortales, este cuádruple cuidar es la esencia simple del habitar” (Heidegger, 7, 1951).

Actualmente, por tanto, la crisis del habitar está dada en primer lugar no por la falta de viviendas (problema antiquísimo y sin solución hasta nuestros días), sino “en el hecho de que los mortales primero tienen que volver a buscar la esencia del habitar; de que *tienen que aprender primero a habitar*” (Heidegger, 8, 1951). Este residir vinculado con el espacio que rodea a los mortales, implica también desde luego una relación entre el sujeto

que habita y las cosas que lo rodean, vale decir, de lo que se trata es de un residir *junto con* las cosas, tanto con las naturales como con las artificiales. En este sentido, no se trata de volver a un estado de sociedad natural o premoderno (una utopía que, tal como lo señala Berman, se repite en cada época en que los sujetos anhelan y sienten nostalgia por un tiempo anterior y supuestamente mejor), sino de residir y coligarse además con las cosas construidas por el hombre, las cuales también pueden permitir el vínculo armónico con la Cuaternidad, en tanto pensemos *la cosa* en su esencia, más allá de la visión *demasiado pobre* que ha imperado en occidente en los últimos siglos. Según Heidegger, “en el curso del pensar occidental a la cosa se la ha representado como un *ignotum X* afectado por propiedades percibibles. Visto desde esta perspectiva, todo aquello que pertenece ya a la esencia coligante de esta cosa nos parece, ciertamente, como un aditamento introducido posteriormente por la interpretación” (Heidegger, 5, 1951). De lo que se trata entonces es de ir más allá de lo que las palabras dicen en su apariencia, buscando el sentido original, esto es, lo que ellas dicen propiamente en su esencia, dimensión que ha ido cayendo en el olvido a expensas de lo que ellas mienten en primer plano. Así, Heidegger es categórico en señalar que “el lenguaje le retira al hombre lo que el lenguaje, en su decir, tiene de simple y grande. Pero no por ello enmudece la exhortación inicial del lenguaje. Simplemente guarda silencio. El hombre, no obstante, deja de prestar atención a este silencio” (Heidegger, 2, 1951). El llamado por tanto es a escuchar la dimensión poética y no meramente utilitaria de las palabras. Esto porque, en el siglo XX, una de las principales causas de la penuria del habitar está dada, en el ámbito del lenguaje, por la pérdida del significado original de la palabra habitar como *collere* (cultura), quedando sólo el sentido de *aedificare* (edificar). En tal sentido, se confunde edificar con construir y permanecer con habitar, lo cual tiene como consecuencia la pérdida del sentido del habitar que cuida el espacio que ha sido otorgado por los inmortales, perdiéndose así también el vínculo y la unidad con la Cuaternidad.

Así, en la novela que nos convoca, *El segundo deseo* (2006), podemos apreciar algunas de las consecuencias que la consolidación del sistema económico de libre mercado trajo consigo en el devenir y el desarrollo de las ciudades latinoamericanas: por un lado la crisis de lo público desarrollada en el capítulo anterior, y por otro, la crisis del habitar dada por la mera construcción de edificios operativos y funcionales por parte de la industria inmobiliaria, produciendo esto una ciudad artificial, donde el habitar urbano es

caracterizado por romper su relación con la naturaleza, generando vicios y deshumanización. En este sentido, una de las principales consecuencias de esta situación es que se ha ido perdiendo el vínculo con el lugar que habitamos y con las cosas significativas que nos rodean. Así sucede con la red de asilos de ancianos que Ledezma lidera junto a sus secuaces, y que es desenmascarada por Heredia en el transcurso del relato. Al leer la novela nos damos cuenta de que los ancianos, tal como lo señalábamos en el capítulo anterior, funcionan como una metáfora de los desechos que produce la sociedad de consumo en la que vivimos: una sociedad que pregona el discurso de lo nuevo y que, en ese sentido, va eliminado todo aquello que no sirve, todo aquello que ya no produce ni es rentable económicamente. Así, los abuelos que se transforman en una carga y en un estorbo para sus familias, o que simplemente están solos y a la deriva en la ciudad, van a parar a esta clase de lugares infernales, cuidados por sujetos infernales, en condiciones totalmente precarias:

“La puerta del hogar estaba abierta. Entré sin anunciarme y avancé por un pasillo que me condujo hasta la oficina donde dormitaba un gordinflón rubio. En el ambiente flotaba un pesado olor a comida rancia y no había que ser muy observador para darse cuenta que nadie se preocupaba mayormente por la presentación y limpieza del lugar. Los muros lucían grandes manchas de humedad y del cielo raso se descolgaba una cascada de silenciosas telarañas” (Eterovic, 47).

Esta descripción que hace Heredia del hogar *Dulce María*, en el que podría eventualmente encontrarse Gabriel Servilo, nos va dando señales de cómo funcionan estos lugares escatológicos al servicio de ancianos que buscan un lugar para pasar sus últimos años de vida. Evidentemente se trata de un negocio bastante rentable a cargo de sujetos macabros que lucran con la desgracia y el sufrimiento de las personas mayores. Así, cuando el encargado del lugar le pregunta a Heredia cómo entró, éste le señala que la puerta simplemente estaba abierta, a lo que el guardia responde: “Viejos de mierda. Salen a pasear y dejan todo abierto” (47). Esta manera de referirse a los abuelos claramente nos entrega luces del mal trato que éstos reciben diariamente en este tipo de espacios. Así, luego de hacerle algunas preguntas sobre el paradero de Gabriel Servilo, el guardia señala: “Llevo siete años en este lugar y conozco a los viejos de memoria. Su tío era bastante jodido. Se

daba aires de grandeza y vivía reclamando. Jamás entendió que no estaba alojado en el Sheraton, y nunca le perdonaré a la Cecilia que trajera a ese señor y luego se mandara a cambiar, dejándonos con el cacho” (47). En efecto, es un negocio tan bien organizado que también contaban con personas encargadas de ir y “captar clientes” en lugares concurridos por ancianos. Cecilia era una de estas personas: “El dueño de la casa le pagaba por traer nuevos asilados y ella se dedicaba a frecuentes lugares a los que suelen ir a dar los ancianos. Plazas, oficinas de pago de pensiones, clubes de tango y otros hogares. No le iba mal, sabía engrupir a los vejetes, pero encontró una pega mejor y se mandó a cambiar” (47).

Pero, tal como lo mencionábamos más arriba, lo que más crudo resulta es el maltrato que deben sufrir las personas mayores al pasar alguna temporada en esta clase de hogares. Así podemos notarlo cuando, al caer Gatica, uno de los encargados de cuidar uno de los asilos de Ledezma, queda al descubierto la violencia y la miseria en la que se encontraban los abuelos: “Según Gatica les daban un trato de bestias. Desaseados, encerrados en sus cuartos, enfermos y mal alimentados. Cuesta imaginar lo que era pasar una semana en esa casa” (Eterovic, 134). En efecto, la falta de cuidados de higiene y de salud; la mala alimentación; la violencia física y psicológica por parte de las personas que los cuidan; y la falta de dinero (porque todos sus ingresos van a parar a las manos de los dueños de los asilos en los que viven) son factores comunes en la condición de los ancianos. Todo ello no hace sino convertir a los ancianos en ciudadanos de segunda y tercera categoría, y en ese sentido, termina por generar una crisis del habitar en la medida que, al ser sacados de sus hogares, al ser apartados de sus cosas y objetos significativos, de su comunidad familiar y fraternal, los abuelos y abuelas que sufren estas calamidades se ven imposibilitados de generar un vínculo significativo y armónico con el espacio en el que habitan:

“Abrí la puerta y presioné el interruptor para encender la ampolleta que colgaba desde el cielo raso. Seis ancianos escualidos desde sus camastros de fierro. Noté que uno de ellos tenía sus manos atadas al respaldo de la cama y que otro, calvo y de ojos llorosos, lucía un moretón sobre su mejilla izquierda. Ninguno de los ancianos dijo nada. Salí de la pieza y entré a otra. El espectáculo era similar, aunque agravado por la presencia de dos viejos que lucían sus torsos

desnudos y respiraban con dificultad, como si el aire de la pieza fueran rocas amontonadas sobre sus pechos. (...) De las tres ancianas que estaban despiertas, una parecía afiebrada, otra balbuceaba palabras sin sentido y la tercera daba pasos sonámbulos por la habitación, apenas cubierta con un camisón mugroso que hedía a espanto” (186).

Así mismo, otra de las situaciones que llaman profundamente la atención, aparte de la precaria y atroz situación de estas personas, es el descaro con el que actúan y justifican su actuar personas como Ledezma, quien, una vez apresado, es interrogado por Doris, la amiga policía de Heredia: “El tipo es un caradura. Reconoce ser el dueño de varios hogares y las carencias materiales de cada recinto las atribuye a lo poco que cobra por recibir y mantener a los ancianos” (195). Junto con ello, se escuda en temas legales y en la falta de reclamos de las familias respecto del servicio que están supuestamente recibiendo sus abuelos: “Dice que cuenta con los permisos requeridos para funcionar y que los familiares de los viejos no han puesto reparos en la atención. Algunos familiares dicen que nunca les dejaron revisar las instalaciones de la casa, y otros que jamás se preocuparon por el tema. Simplemente dejaron a sus viejos y se mandaron a cambiar” (195). En este sentido, la crisis de la que son víctimas los abuelos no es sólo culpa de Ledezma y la red ilegal de asilos que lidera. También la responsabilidad es de los familiares quienes, con su indiferencia, dan lugar para que ocurran este tipo de situaciones. Pero esto es sólo la cara visible de un asunto que es bastante más profundo y que nos lleva a relacionarlo con los que Zizek ha denominado como violencia sistémica, es decir, toda aquella violencia que la especulación del sistema económico ejerce sobre las personas, y que tiene como consecuencia una violencia de tipo subjetiva, esto es, material, reflejada evidentemente en la lamentable situación que deben sufrir las personas mayores que, al quedar desocupadas y con poco poder adquisitivo, pasan a ser desechos del sistema. Algunos van a parar a este tipo de lugares, pero otros sufren las consecuencias de la violencia sistémica en la calle, sin posibilidad de generar un vínculo con el lugar que se habita, ni menos pensar en un vínculo con las cosas significativas. Así se lo hace saber Anselmo a Heredia, reflexionando sobre lo que significa el llegar a la vejez y sobre la situación de la gente que uno puede observar si camina un par de horas por las calles de Santiago:

“Temo llegar a viejo y no tener a nadie que se preocupe por mí. A veces voy a las hospederías del Hogar de Cristo y me da pena ver a los viejos que llegan a dormir o a tomar un plato de sopa. Jodidos y requetejodidos. Y para qué vamos a hablar de los que duermen bajo los puentes del río Mapocho, en el pórtico del Banco Estado o en los alrededores del Mercado Central. Es una cosa que no tiene nombre, don” (57).

En este sentido, la crisis del habitar está dada por la imposibilidad de establecer una conexión con el espacio que se habita y con las cosas significativas (fotos, recuerdos, objetos significativos que juegan un papel central en la construcción de la identidad del sujeto, etc.), por el deterioro del núcleo familiar y la casa multigeneracional. Ejemplo de ello es el suelo en el que uno nace y en el que uno quiere morir, las cosas con las que nos encontramos al volver de nuestras rutinas diarias, y que nos permiten encontrarnos con nosotros mismos. Humberto Giannini, en el estudio de la experiencia cotidiana, ha denominado a este proceso como un volver a *ser para sí*, luego de haber sido *para otros* en la tarea diaria de ganarse la vida. Así, este proceso de *reflexión cotidiana*, imposible de llevarlo a cabo por los abuelos y abuelas (las razones que ya las hemos mencionado), sí podemos apreciarlo en la figura del detective Heredia, a modo de resistencia a la crisis del habitar que produce el habitar urbano.

Capítulo III: Heredia y la precariedad del domus

El detective de Eterovic, a lo largo de toda la saga, ha sido caracterizado como un hombre solitario y marginal, que habita un pequeño departamento de la calle Aillavilú en el centro de Santiago, el cual, dicho sea de paso, también le sirve de oficina. Vive en compañía de su gato Simenón; gato que, aparte de ser su mascota, es la proyección de su propia conciencia, sirviéndole de interlocutor en sus reflexiones detectivescas. En este sentido, siguiendo a Giannini, podemos decir que Heredia establece un domus, esto es, un domicilio, que cumple la función de eje en el proceso de reflexión cotidiana, proceso que tiene un carácter cíclico en la medida que lo cotidiano empieza en primer lugar “en el domicilio, y va a parar al otro extremo: al lugar de nuestros quehaceres habituales: al trabajo o, en sentido temporal, a la feria, para cerrarse con el regreso al domicilio” (Giannini, 22).

En este sentido, el domicilio es una categoría central en la estructura que nos plantea Giannini en el proceso de reflexión cotidiana, categoría que no debe asociarse sin embargo

a cuestiones de índole familiar, a tradiciones o afectos. Más bien, para el pensador chileno, “ser-domiciliado, lo es el hombre cavernario, de Platón; el anacoreta; el mendigo que se guarece bajo los puentes; el nómada, con su tienda ambulante; el universitario de provincia que vive en pensión; la asilada, en el prostíbulo; el conscripto, en el cuartel” (Giannini, 23-24). Tampoco es una categoría privativa de lo humano, puesto que también los animales tienen la capacidad de ser domiciliados: ya sea desde la concha, del nido, de la madriguera, etc., cada individuo se aboca a construir la historia de su especie, “a construir su mundo, a levantarlo, a tejerlo, a atisbar sus horizontes y crear, dentro de ellos, los surcos circulares de su biografía cotidiana” (23). En consecuencia, el domicilio no es simplemente un espacio en el que el individuo o la bestia se protegen de las inclemencias del tiempo o de cualquier peligro que pudiese asecharlos, sino también, tal como lo señala Bachelard en *La poética del espacio*, “la casa, más aún que el paisaje, es un estado del alma” (104). Esta hermosa frase de Bachelard no hace sino darnos luces del carácter, podríamos decir, metafísico del domicilio, lo cual es descrito magistralmente por Giannini:

“Cuando traspaso la puerta, el biombo, o la cortina que me separa del mundo público; cuando me descalzo y me voy despojando de imposiciones y máscaras, abandonándome a la intimidad del amor, del sueño o del ensueño, entonces, cumplo el acto más simple y real de un regreso a mí mismo; o más a fondo todavía: de un *regressus ad uterum*-es decir, a una separabilidad protegida de la dispersión de la calle -el mundo de todos y de nadie-, o de la enajenación del trabajo” (24, énfasis del autor).

Así, en esta *separabilidad* que proporciona el domicilio, el individuo vuelve a *ser para sí* luego de *ser para otro* en el espacio del trabajo. Es decir, lo que se produce es un regreso a sí mismo, un reencuentro con el lugar que se habita, el cual “está simbolizado por este recogimiento cotidiano en un domicilio personal conformado por espacios, tiempos y cosas familiares que me *son disponibles*” (24, énfasis del autor).

Así pues, en la novela que nos convoca, podemos apreciar notablemente este acto de volver al espacio que se habita, al reencuentro con las cosas significativas, a volver a ser para sí y no para otro, en la figura de su protagonista, el detective Heredia. En efecto, ante la ya mencionada crisis del habitar que produce la vida en la ciudad, el protagonista de la saga de

Etérovic logra establecer un domicilio, el cual le sirve como morada, pero también como lugar de trabajo en el que recibe a los clientes que requieren sus servicios de investigador. En este sentido, establece una rutina cotidiana bien demarcada en lo que hemos denominado proceso de reflexión cotidiana: “Guardé las fotos en el bolsillo interior de mi chaqueta y sin dar pie a la tristeza, salí de la oficina. Respirar el aire de la calle y observar el trajín de las personas me dio las energías que necesitaba para reanudar mi trabajo” (45). Es decir, al salir de su casa-oficina a cumplir sus labores detectivescas, Heredia dejar de ser para sí y pasa a ser para otro, en este caso para Julio Servilo, el exiliado que, luego de perder la pista de su padre durante décadas, decide regresar a Chile a buscarlo. De esta manera, luego de involucrarse en cuerpo y alma en la investigación (ya sabemos todas las consecuencias que sufre el detective de la novela negra que se involucra y se vuelve sujeto de la historia), Heredia, volviendo a su domicilio, concluye así el proceso de reflexión cotidiana: “Observé durante algunos minutos el trabajo de los obreros y enseguida, consciente de estar en el lugar equivocado, rehice mis pasos y me dispuse a volver al territorio familiar de mi oficina, donde me esperaba mi añoso escritorio de metal y un gato que no se cansaba de brindarme su compañía” (103). Esta rutina forma parte del día a día de Heredia en su trabajo como detective: luego de salir a la calle a investigar, a preguntar y pasearse por los rincones (más oscuros) de la ciudad, Heredia vuelve a la tranquilidad de su domicilio, donde se encuentra consigo mismo y con las cosas significativas que rodean el espacio en el que habita, un departamento en la calle Aillavilú del Barrio Mapocho de Santiago: “Al llegar a mi departamento, preparé una taza de té con la voz de Goyeneche como compañía, me acosté en la cama y leí dos líneas del libro de Pessoa que acostumbraba a tener sobre el velador: “*Considero a la vida como una posada en la que tengo que quedarme hasta que llegue la diligencia de abismo*”⁴. Después apagué la luz, cerré los ojos y me dispuse a dormir hasta el otro día” (56). Allí, como vemos, lo esperan su gato Simenón (proyección de la consciencia del detective), sus novelas y poemarios, sus discos, y por supuesto el añoso escritorio de metal desde el cual trabaja y reflexiona.

En este sentido, siguiendo a Giannini, existe una relación simbólica entre domicilio e identidad, en la medida que ésta depende de que el orden en los dominios del individuo no

⁴ Cita sacada de *El libro del desasosiego* de Fernando Pessoa, la obra en prosa más importante del poeta portugués.

se trastorne de la noche a la mañana siguiente. Si esto sucede, como al fugitivo que debe guarecerse cada noche en un lugar diferente, y despertar en medio de objetos y personas ajenos a él,

“terminaría por perder tal vez aquella certeza con la que cada mañana se levanta, seguro de ser aquel que se acostó la noche anterior. El hecho de despertar cada mañana y encontrar la realidad circundante, allí, tal como la dejó; y los objetos en su mismo orden y con aquella pacífica sustantividad resguardadora de nuestro reposo, esto, representa un hecho confirmatorio de que la vida no es sueño; la prueba cierta de que hay una continuidad espacio-temporal, de la que mi sueño fisiológico se descuelga cada noche y que mi sueño psíquico suele a veces perturbar profundamente. Este hecho cotidiano contribuye a que difícilmente llegue a cuestionarme mi propia identidad”
(Giannini, 25)

En consecuencia, el domicilio es un espacio clave en tanto confirma la identidad del individuo en el proceso de reflexión cotidiana, su capacidad de reintegrarse a la realidad cada día y, en última instancia, de reencontrarse consigo mismo. Sumado a aquello, es también lo que le permite “aventurarse más allá, hacia el mundo, en el proyecto cotidiano de ‘ganarse la vida’ y regresar luego a él, desde cualquier horizonte, como a lo más propio” (25). Así pues, como decíamos más arriba, esto es precisamente lo que lleva a cabo Heredia en su rutina diaria. Sin embargo, aunque afirmamos el hecho de que tenga la posibilidad de establecer un *domus* que le permita, al inicio de la jornada, salir a ganarse la vida (y luego, al finalizar la misma, reencontrarse consigo mismo y con las cosas significativas), creemos que este *domus* tiene un carácter *precario* dado, en primer lugar, por su problemática identidad e historia familiar, la cual está vinculada al tema de la memoria, en tanto Heredia es un hombre que se resiste al olvido y que intenta recordar en virtud de la construcción de un relato no sólo de la historia reciente del país, sino también de su propia vida, vacía de recuerdos familiares. Y segundo, por su incapacidad de establecer relaciones y vínculos estables con las personas, cuestión que desarrollaremos en los siguientes apartados.

La paradoja de Heredia

En la décimo primera novela de la saga del detective Heredia, encontramos a un Heredia que está llegando a la cincuentena; siente el peso del desgaste físico de su precaria profesión y las heridas acumuladas -tanto físicas como afectivas- y, sobre todo, las deudas pendientes con su historia personal: “Podía imaginar mi rostro, demacrado, hundido, mis mejillas cubiertas por una barba blanca y espesa; mis labios resecos y los dientes manchados de nicotina. No necesitaba una bola de cristal para saber que me estaba muriendo. Solo, definitivamente viejo y cansado. Y lo peor era que no podía recordar” (9). Por primera vez, Eterovic concede mucho espacio a la biografía de Heredia, el huérfano que apenas recuerda a su madre y no conoció a su padre, criado en un orfanato y condenado a la soledad. Dos tramas se unen en el relato: por una parte, recibe el encargo de ubicar a un anciano, Gabriel Servilo, cuyo hijo, Julio, acaba de regresar del exilio; por otra, recibe inesperadas noticias sobre su familia, las primeras fotos que ve de su propio padre, que a esas alturas debe ser también un hombre mayor de ochenta años, que no regresó nunca de un viaje al sur. Ante esto, Heredia entra en una suerte de crisis: “Aquellas fotos habían cambiado todo. Por primera vez tenía un antecedente concreto que explorar y deseaba respuestas concluyentes para las preguntas que comenzaban a rondarme como hienas hambrientas” (43).

En este sentido, es interesante el giro que Díaz Eterovic da a su personaje, esta vez emocionalmente implicado en ambas búsquedas, encontrándose con gente conocida en su pasado remoto –como el padre Browne, posible alusión al personaje del padre Brown, detective de las novelas de Chesterton-, y explicando, finalmente, cómo se formó su carácter y por qué el detective es como es: un eterno desarraigado, incapaz de construir relaciones duraderas con las mujeres, las cuales, por cierto, cumplen aquí un rol fundamental, en tanto que también son parte de las cuentas pendientes con el pasado y de las incógnitas que alguna vez hay que despejar: “Pedí una cerveza y sin ninguna preocupación por delante me dejé llevar por el recuerdo de la tarde en que me había despedido de una muchacha pelirroja llamada Griseta” (14).

De esta forma, al investigar estos dos asuntos, la novela se instala en la reflexión sobre el pasado, en tanto la memoria actúa como eje de la existencia de los hombres. Así Heredia, al

tratar de reconstruir el pasado de sus padres y de hallar la pista del padre de Servilo, también va reconstituyéndose en su identidad y en su forma de ser, puesto que, como seres humanos, todos necesitamos de un pasado para situarnos en el presente. De esta forma, para Heredia el vivir es un proceso de búsqueda e indagación; un reconstruirse a partir del pasado y del otro –el padre-, porque, en ese sentido, el pasado de nuestro detective es tan difuso como el pasado del Chile actual, aparentemente democrático, pero que ha seguido el legado dictatorial del miedo y el olvido, queriendo borrar sus orígenes.

En este sentido, resuenan las reflexiones de Andrea Pagni en torno a la necesidad de hacer memoria y vivir un duelo activo en virtud de procesar el trauma causado por la experiencia dictatorial y toda la violencia que ésta trajo consigo. Así, la autora señala que, para encontrarle un sentido al pasado, no basta con los recuerdos individuales de cada persona; se trata, más bien, de un imperativo más amplio, es decir, “algo que tiene que ver con la memoria de una comunidad, con la memoria colectiva –es decir, algo que existe en la medida en que se lo comunica y comparte” (9). En este sentido, la memoria colectiva guarda una íntima relación con el acto de narrar, esto es, “el volver público el recuerdo individual y ponerlo a dialogar con otros recuerdos en una elaboración colectiva del duelo por una experiencia colectiva de pérdida” (10).

Heredia, en tal sentido, señala que gran parte de su vida ha buscado respuestas para interrogantes ajenas. Sin embargo, ahora desea descubrir el único misterio que le compromete hasta los huesos. Este deseo es precisamente el hacer memoria y encontrarle un sentido al pasado, para así poder entender su presente. Así, también es una resistencia ante lo que Tomás Moulian denomina *políticas del blanqueo*⁵, propulsadas por la Concertación en el período de la transición democrática de los años '90, y respaldadas por un sistema económico de corte neoliberal que, desde los tiempos dictatoriales, nos gobierna como país. Además, es la resistencia ante un discurso que estimula el olvido y que reclama por lo nuevo, dejando todo obsoleto y desechando todo lo que no sirve. En consecuencia, la desazón que siente Heredia podríamos vincularla con la desazón producida por el incumplimiento de las promesas hechas una vez recuperada la democracia a principios de los años 90; período que la crítica ha denominado con el nombre de *transición*.

⁵ Moulian, Tomás. *Chile Actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: ARCIS-LOM (1997).

Por otro lado, el detective es caracterizado como un sujeto de humor negro, de espíritu crítico y escéptico; un pesimista, pero siempre activo en función de cambiar el orden de las cosas, aunque bien sabemos que eso no es posible; simplemente se trata de dar un testimonio, de recordar. En este sentido, los valores que defiende son la justicia, la solidaridad y la verdad; y no importa que estén obsoletos, pues Heredia es un nostálgico. Significativo es también la falta de un nombre de pila que lo identifique, lo cual habla de cómo Heredia se ha ido depositando en el mundo: un muchacho huérfano, que vive en un hogar de niños, con un pasado oscuro que es preciso construir. Ahora bien, cuando logra construir su pasado y encuentra por fin a su padre, el destino le juega una pasada muy irónica, puesto que su progenitor, si bien sigue vivo y ‘estable’, sufre de Alzheimer, lo cual podría interpretarse como una señal de que el pasado no se trae al presente simplemente por medio de una re-producción, sino que *se construye*, y que en ese sentido, recordar y hacer memoria, es también olvidar. Así, luego de salir de la clínica de reposo en que se encontraba Buenaventura Dantes –su padre-, Heredia señala:

Me sentía desconcertado y mientras caminaba tenía la impresión de llevar una pena inmensurable sobre mis hombros. Había imaginado los diálogos que podría mantener con Dantés y su silencio me parecía más pesado y definitivo que la lápida que contemplaba cada vez que visitaba la tumba de Mercedes –su madre. Mis orígenes estaban en la mente de un hombre sin memoria. Su historia moriría con él y mis únicas referencias sobre su vida quedarían reducidas a los fragmentos de diarios recortados por Campbell –periodista poseedor de revistas en donde aparecían fotos de Dantes, quien había sido boxeador- y a las fotos que habían motivado su búsqueda” (237).

Es decir, que el hecho de no haber conocido a su padre antes no hace sino generar un sentimiento de culpa inconsciente en Heredia. Esta situación lo hace necesitar a alguien para que lo consuele, y así recurre a Griseta (“Necesitaba decirle a Griseta que la amaba. Marqué su número y antes de escuchar su voz, sentí que unas lágrimas rodaban por mis mejillas” (237-238)) la cual, aparte de ser la mujer que ama, lo ayuda y lo acompaña a Curepto a seguir la pista de su padre. Un viaje que es tanto físico como simbólico, en tanto le permite viajar dentro de sí mismo en virtud de encontrar su origen, el cual, hasta ese

momento, sólo se lo había contado y construido él mismo, narrándose su propia vida. En tal sentido, no sólo Griseta lo ayuda en esta tarea, sino también Doris, su amiga policía: “La razón y el sentimiento. Dos palabras utilizadas por Doris y Griseta, como si ambas se hubiesen puesto de acuerdo para impulsarme a emprender la última etapa del viaje a mis orígenes” (233).

Pero esta necesidad de Heredia de construir un relato que le permita narrarse a sí mismo, sus orígenes y la historia de su familia, no hace sino demostrar las carencias del detective y lo problemático que se torna la construcción de su identidad. Pues el ser un sujeto sin raíces, sin padres, sin una historia familiar desde la cual poder sustentarse y situarse en el mundo, demuestra la precariedad a la hora de poder establecer un domus que le permita resistir a la crisis del habitar que produce la vida en la ciudad. Así, siguiendo a Heidegger, la falta de un ambiente familiar en el lugar que habita, la falta de objetos y recuerdos que le permitan establecer un vínculo con los antepasados (o con los inmortales, diría el filósofo alemán) y lograr así una relación armónica con la Cuaternidad; todas estas limitantes tienen como consecuencia un domicilio carente, precario e incompleto.

El miedo al otro: la incapacidad de construir relaciones estables

La incapacidad de Heredia de establecer un domicilio con todos los elementos que nos mencionan los autores referidos se ve agudizada por el exacerbado individualismo que se hace carne en la figura del protagonista. Esta forma de ser del detective podemos relacionarla con la ruptura del tejido social producida por la violencia ejecutada como política de Estado en los tiempos de la dictadura, lo cual tuvo como consecuencia un quiebre (quizás irreparable) en el vínculo entre lo individual y lo colectivo, cuestión que no ha hecho sino generar una sensación de miedo y desconfianza hacia la figura del otro, estimulando por tanto un acentuado individualismo que, a su vez, es alimentado por el sistema económico que maneja nuestro diario quehacer.

Lamentablemente, Heredia no es la excepción a este caso: a sus cincuenta años, sigue siendo un hombre solitario y melancólico, incapaz de establecer una relación estable con alguna mujer. Es víctima de una sensación de soledad existencial que lo lleva a cuestionarse sobre el tema de la muerte, tanto de sí mismo como también de los ancianos

(“somos huesos transitorios”, señala en algún momento); una condición de *separatividad* que lo hace sentirse apartado del resto, esto es, una sensación de desarraigo total.

Sin embargo, al final de *El segundo deseo*, surge la posibilidad de formar una relación estable con Griseta, antiguo amor de Heredia, la cual efectivamente logran concretar. No obstante, ante la posibilidad de convivir, ésta le dice, luego de darle algunas vueltas al asunto: “He pensado en la propuesta de irme a vivir a tu departamento, (y) no tiene sentido. Es un espacio que no quiero invadir ni cambiar. (...) Trato de decir que te amo y no te voy a dejar que sigas solo por la vida. Tú y yo, juntos, pero en casas separadas. Y no me digas que la idea te desagrada. No estás en edad de rechazar a una mina como yo” (244). En efecto, ya próximo a cumplir los cincuenta, Heredia no puede darse el lujo de rechazar una propuesta como ésta. Sin embargo, Griseta respeta el espacio de éste y entiende que la posibilidad de invadirlo podría ser perjudicial para ambos, pero sobre todo para Heredia, que ha estado toda su vida solo. En este sentido, la posibilidad de formar un lazo amoroso estable con Griseta se ve puesta en entredicho, como así también la posibilidad de construir una armonía familiar (que, dicho sea de paso, también es un modelo en crisis), ya sea en el domicilio del detective, o en cualquier otro lugar.

Finalmente, en su visita al padre Browne, Heredia se da cuenta de que ya no necesita narrarse a sí mismo el pasado y sus orígenes: “Puedes estar tranquilo –le dice el cura-. El final no fue feliz, pero hiciste lo que correspondía. (...) No se puede tener todo en la vida, hijo. Has cerrado la herida que tenías abierta desde la infancia y no tienes que andar inventando un padre, como hacías en el orfanato” (240). Estas palabras le sirven a Heredia para tomar conciencia de que la vida es una cosa de vida o muerte, y que nunca es preciso bajar los brazos ni perder la dignidad (“No bajes la guardia. Cabeza erguida, mano izquierda adelante, derecha alerta” (240), le aconsejaba el cura), lo cual, en definitiva, demuestra la matriz existencial que recorre la mente del, ya a estas alturas mítico, detective de Díaz Eterovic.

Conclusiones

Hemos visto cómo, a lo largo de nuestro análisis, la apropiación del género policial por parte del escritor chileno Ramón Díaz Eterovic es funcional en virtud de la representación estética de una realidad nacional caracterizada por la violencia, el olvido y por la imposibilidad de consolidar una forma de habitar armónica con el espacio que se habita, y con las cosas significativas que nos rodean. En este sentido, el género policial negro no hace sino evidenciar la denuncia social que busca desenmascarar los vicios y abusos de parte del Estado, de las instituciones y de un sistema económico que, en su dinámica de oferta y demanda, ensalza lo nuevo y desecha lo que ya no sirve, aspecto que es metaforizado en la figura de los ancianos que, al pasar a ser ciudadanos de segunda clase,

sin poder adquisitivo y sin posibilidad de mantenerse por sí mismos, son abandonados por sus familias y llevados a lugares donde los violentan, quitándoles por completo la dignidad.

Así, el escenario en que se desarrolla esta trama es la ciudad, la cual, con su caótico crecimiento a lo largo de los años, “pareciera que llevara consigo, aun en su momento de mayor esplendor, la semilla de su propio caos y desorden” (Cisternas, 70). En este sentido, quien se transforma en el portavoz de la denuncia social que busca productivizar nuestra novela es el detective Heredia, quien, ante la crisis que produce el habitar urbano y el olvido que pregonan el sistema económico, trata de *resistir* a través del ejercicio de la memoria y del establecimiento de un *domus*. Pero como ya sabemos, dicho proyecto de testimonio y de resistencia, se vuelve problemático en la medida de que, por un lado, la única posibilidad que tiene el protagonista de reconstruir su pasado recae irónicamente en la figura de un padre enfermo de Alzheimer; y por otro, el vacío en la historia personal y familiar del detective, tienen como consecuencia una crisis en la construcción de la identidad del mismo, situación que repercute a su vez a la hora de establecer un *domus* en el proceso de reflexión cotidiana. En consecuencia, el resultado de esta ecuación no es sino un domicilio inarmónico, precario e incompleto.

Bibliografía

I. Corpus literario

Díaz Eterovic, Ramón. *El segundo deseo*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2006.

II. Bibliografía crítica

Avelar, Idelber. “La escritura del duelo y la promesa de la restitución”. En: *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2000. Pp. 284-285.

Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México D.F.: Siglo XXI editores, 2003.

Cisternas, Cristian. *Imagen de la ciudad en la literatura hispanoamericana y chilena contemporánea*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2011.

Díaz Eterovic, Ramón. *Una mirada desde la narrativa policial*. Disponible en Memoria Chilena, Biblioteca Nacional de Chile: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-81050.html>. Consultado: 15 de octubre, 2018. Pp. 65.

Ferrer, Carolina. “Balcanización y orfandad en 2010 Chile en llamas de Darío Oses. Revista Electrónica: *Documentos Lingüísticos y Literarios* UACH, 28. En: <http://www.revistadll.cl/index.php/revistadll/article/view/246/269>. Consultado: 6 de noviembre, 2018.

Franken, Clemens y Magda Sepúlveda. *Tinta de sangre. Narrativa policial chilena en el siglo XX*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, 2009.

Giannini, Humberto. *La “reflexión” cotidiana: hacia una arqueología de la experiencia*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1993.

Heiddeger, Martin. “Construir, habitar, pensar”. Disponible en: <http://www.geoacademia.cl/docente/mats/construir-habitar-pensar.pdf>. Consultado: 25 de septiembre, 2018.

Huneus, Marcial. “Transformaciones de un género: policial y neopolicial chileno”. En: *Cartografía de la novela chilena reciente: realismos, experimentalismo, hibridaciones y subgéneros*. Compilador: Macarena Areco. Santiago de Chile, 2015: Ceibo Ediciones. Pp. 99-14

Moulian, Tomás. *Chile Actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: ARCIS-LOM, 1997.

Mumford, Lewis, *The Culture of Cities*. New York, Harcourt, Brace & World, 1938.

Pagni, Andrea. “Memoria y duelo en la narrativa chilena actual: ensayo, periodismo político, novela y cine”. En: Spiller, Roland, et al. (Ed.). *Memoria, duelo y narración. Chile*

después de Pinochet: literatura, cine y sociedad. Madrid / Frankfurt am Main: Iberoamericana / Vervuert, 2004. Pp 9-27.

Rozitchner, León. *Mi Buenos Aires querida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

Sarlo, Beatriz. “Abundancia y pobreza”. En: *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel, 1994. Pp. 17-54.

Spengler, Oswald, *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*. Bs. As., Espasa Calpe, 1952. M. Morente, trad. 2 vv. Ver: Vol I., “El alma de la ciudad”. Pp. 119-150.

Valenzuela Urrutia, M. *La ciudad y sus callejones: un análisis del nuevo género policial latinoamericano desde Colombia y Argentina* (2010). Disponible en: <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/136583>. Consultado: 25 de octubre, 2018. Pp. 8.

Zizek, Slavoj. Capítulo 1. “Adagio ma non troppo e molto espressivo”. En: *Sobre la violencia*. Barcelona: Paidós Esenciales, 2009. Pp. 17-44.